

Y Cristo, no solamente se ha llamado un enviado del cielo; se ha llamado Dios ante sus discípulos, ante el Universo entero.

Si así lo ha afirmado, es Dios sin duda alguna; porque si no siéndolo, hubiera podido servirse de la ciencia profética, para hacer aceptar su divinidad, Dios mismo habría puesto la profecía al servicio de la impostura y de la blasfemia y el género humano se encontraría hundido en un error irremediable.

No hay duda, la acción intelectual de Cristo, prueba su divinidad, como la prueban su nacimiento, su palabra y su acción en el orden físico.

El nacimiento de Cristo, precedido por un pasado de cuatro mil años, nos ha relevado su divinidad.

Si nació como Dios, habló también como Dios; su palabra ha sido como hemos observado antes, un nuevo testimonio de la aureola divina que circunda su frente. No sólo nace y habla, sino que también obra.

El hombre desarrolla su actividad en el orden

de la naturaleza y en el orden de la inteligencia, y ya hemos visto que el poder intelectual de Cristo, así como su poder exterior y físico, pregonan su poder divino.

Pero el hombre puede extender su actividad en otro campo; ese poder no se detiene ante los límites de la naturaleza y de la inteligencia.

El hombre no sólo vive en el orden físico y en el orden intelectual, vive también y obra, en el orden de la conciencia y de la sociedad.

La conciencia y la sociedad, completan con la naturaleza y el entendimiento, el círculo necesario de la actividad humana.

Si el poder de la inteligencia de Cristo, si el poder de Cristo sobre el mundo físico, nos han revelado á toda luz su divinidad excelsa, de igual modo nos la revela su acción poderosa en el orden moral.

La grandeza moral del hombre reside en la conciencia, se asienta en el corazón: la conciencia es el foco del bien, como la inteligencia, es el asiento de la verdad.

El corazón es lo que hace al hombre, hombre de bien, y no la inteligencia.

Bien puede haber un hombre de talento, de jui-



cio y no por eso puede llamarse un hombre de bien.

Pueden irradiar sobre la frente de un hombre los rayos de la ciencia y poder ser, sin embargo, un hombre pequeño, vicioso, criminal, porque su corazón, es un corazón estrecho, vulgar, miserable.

Habrá otro hombre que apenas conozca las letras del alfabeto y podrá, sin embargo, ser un héroe, un santo, un grande hombre, porque su corazón será un corazón grande, un corazón de santo, un corazón heroico.

La nobleza verdadera del hombre es la del corazón, porque el corazón es lo que nos hace virtuosos ó criminales.

Todos los cuerpos, decía Pascal, firmamento, estrellas, no valen lo que vale el más pequeño de los espíritus, porque el espíritu conoce todas esas cosas y se conoce á sí mismo, y los cuerpos nada conocen.

Todos los cuerpos y todos los espíritus juntos, continuaba diciendo Pascal, no valen lo que vale el menor movimiento del amor, porque el amor es de un orden infinitamente más elevado.

Por eso si en la tierra lo que se corona son las

cabezas, en el cielo se han de coronar los corazones.

Lo que Dios mira es el corazón, porque allí es donde El ve el bien ó el mal. *Deus intuetur cor.*

Al corazón es al que únicamente reserva Dios la gloria y la felicidad.

Investigar, por lo mismo, si el poder de Cristo en el orden moral nos revela su divinidad, es investigar si el corazón de Cristo es un corazón divino.

Tres fuerzas son las que hacen grande á un corazón; la fuerza de abnegación, la fuerza de sacrificio y la fuerza de dilatación ó de expansión.

No se trata aquí de la grandeza humana; para hacerse grande en la tierra no es preciso hacerse pequeño.

Lo que hace verdaderamente grande á un corazón es, en primer lugar, la fuerza de abnegación, es decir, hacerse pequeño, cuando podría hacerse grande sin esfuerzo, condenarse á la pobreza voluntaria, á la obscuridad voluntaria, al sufrimiento voluntario, cuando le fuera fácil vestirse del esplendor de las riquezas, levantarse á la cima de los honores, embriagarse con los placeres.

Despojarse de todos estos elementos, es una obra



de gran fuerza, porque el hombre no puede sin dificultad renunciar á lo que le encanta, le deslumbra y le fascina.

Esa abnegación exige un esfuerzo sobrehumano y el hombre no encuentra en sí mismo esa fuerza de abnegación; tiene que buscarla en otra fuente.

Cristo ha poseído la fuerza de abnegación en grado infinito y la ha encontrado en su propio corazón.

“Las raposas tienen su guarida, dice el amable Redentor del género humano, y los pájaros su nido, mas el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza.”

Hé aquí la pobreza voluntaria y hé aquí pobre al Dios humanado, convertido en un indigente.

Cristo triunfa de la naturaleza por el milagro, del porvenir por la profecía; pero se contenta para sí con la pobreza, y después de haber satisfecho á millares de hombres con el pan que su poder multiplicaba, él se conformaba con el pan de la limosna, con el pan de la caridad.

La pobreza voluntaria es el signo de una grandeza sobrehumana, porque el hombre por su naturaleza es inclinado á los bienes de la tierra.

Cristo que se condenó á la voluntaria pobreza, se condenó también á la obscuridad voluntaria, pasó treinta años de su vida en el taller de un artesano y cuando el pueblo admirado de su virtud perfecta, de su poder sobre el mundo exterior, quiso elevarlo á los honores del Imperio, se ocultó en la obscuridad del desierto, prefiriendo al fausto de una corte la soledad con su Padre.

Cristo se condenó también al sufrimiento voluntario: su vida entera es una continua renuncia á todo atractivo sensible, á todo goce material.

Ella ofrece el espectáculo de la abstinencia más rigurosa, de la paciencia más inalterable, de la virginidad más perfecta.

Y lo que caracteriza la fuerza de abnegación de Cristo es que en ella no se advierte mezcla alguna de debilidad, huella alguna de combate y de lucha.

No hay en Cristo indicio de ese trabajo íntimo del hombre, colocado entre la violencia y el sacrificio y obligado á hacerse fuerza para preferir el uno á la otra.

No hay en él vestigio de esos retornos del corazón á los bienes que se han abandonado.

En el hombre de corazón grande se descubre la



tremenda lucha que tiene para despojarse de sí mismo y de los bienes sensibles á que su naturaleza le llama.

En ese hombre de corazón grande se descubre que una fuerza extraña, un poder sobrenatural, es lo que le hace triunfar de sí mismo y despojarse de los bienes sensibles.

En Cristo se advierte que sin esfuerzo y sin pena se consagra á la pobreza, á la obscuridad y al sacrificio y que la fuerza de abnegación está en él como en su principio y en su fuente.

Cristo, pues, ha mostrado esa fuerza de abnegación como una potencia divina.

Pero no basta esto para que un corazón sea grande; no basta que sea abnegado, es preciso que se sacrifique, que se consagre á otros.

Despojado un hombre de las riquezas, de los honores y de los placeres, queda en él algo de más precioso: su vida y su sangre, y un corazón grande no guarda esto para él solo: da su vida y su sangre á otros, se sacrifica por ellos.

La humanidad en este punto no se ha engañado; ella ha reconocido siempre á los corazones grandes por los grandes sacrificios que ellos hacen: ensalza al amor que da y se sacrifica, y azota

al egoísmo que cierra la mano y nunca se sacrifica por otro.

Esta fuerza de sacrificio y de consagración á otros, es en Cristo no menos divina que su abnegación.

Cristo no solamente ha dado una parte de sí mismo; se ha dado todo entero á Dios, á los hombres.

Se ha consagrado primero á la gloria de Dios, destinando todos sus movimientos á conquistar almas para la justicia y para la verdad.

Mi alimento, decía, es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado y cumplir sus obras.

Nada le detiene en esta tarea; ni el desprecio, ni los ultrajes, ni las fatigas, ni la persecución.

El da al hombre, en primer lugar, su doctrina.

Instruye á sus discípulos, forma sus espíritus, disipa su ignorancia, hace caer sus preocupaciones; y después enseña al pueblo, se hace pequeño con los pequeños, les habla en parábolas y no se cansa hasta que les ha hecho comprender su doctrina.

Siempre pone su luz al servicio de la inteligencia; pone su omnipotencia al servicio de las necesidades.

Cura las enfermedades, resucita á los muertos,



y puede decirse, con Bossuet, que sus milagros son más bien obras de su bondad que de su poder.

Da su corazón, como da su poder y su enseñanza.

Todos encuentran en su corazón un bálsamo para sus heridas y una lágrima para sus dolores.

Después de su corazón, de su poder y de su doctrina, le queda algo á Cristo: su vida y su sangre.

El Apóstol fué mártir y el bienhechor fué víctima, y esta fuerza de consagración y de sacrificio la tomó Cristo en su propio corazón.

El hombre no llega al don de sí mismo, á la consagración completa, sino después de luchas tremendas entre el sentimiento del interés y el sentimiento de la generosidad.

En los héroes del orden moral, en los Santos, se palpan los esfuerzos que hacen durante toda su vida para ahogar el egoísmo en su alma: hasta en el entusiasmo del triunfo se encuentra en los Santos la agitación de la lucha.

Cristo se consagra, se inmola, se sacrifica, con tal sencillez, que descubre al punto la fuerza de sacrificio y consagración; es una fuerza que saca

de sí mismo, que es una emanación de su propio ser.

Cristo, pues, ha sido divino, grande, en el orden moral: su fuerza de sacrificio y de consagración en bien de otros, no tiene semejante en la humanidad.

Pero hay una tercera fuerza que completa la grandeza de su corazón: la fuerza de dilatación.

Por la abnegación el hombre se despoja; por la consagración el hombre se sacrifica.

Pero, ¿para quién se despoja, para quién se sacrifica, sobre quién extiende su amor? Esto es lo que se necesita investigar para tener la medida de un gran corazón.

El corazón humano se dilata, primero, en la amistad, que es su primera expansión; se dilata después en el amor de la familia, que es su segunda expansión; pero si aquí se detiene, está muy lejos de haber agotado los recursos que Dios le ha concedido.

Se dilata en el amor á la patria, que es su tercera fuerza expansiva y aquí es donde parece que se tocan los últimos límites de su expansión.

Recorriendo la historia del género humano, se encuentran grandes corazones pero no se descu-



bre, pero no se ve, más que esta triple efusión del alma en el círculo de la amistad, en el hogar doméstico, en el recinto de la patria, allí se detiene el corazón y con el corazón el poder de amar.

Por grandes que sean los sentimientos del hombre, el Griego desprecia al Romano; el Romano rechaza lo que no es romano; al Israelita se aparta del Gentil.

No se había encontrado un corazón tan amplio que traspasara el círculo de la amistad, el hogar de la familia, y el suelo de la patria, para estrechar á la humanidad entera.

El corazón de Cristo es este gran corazón, ese corazón divino que ha creado aquí abajo el amor para toda la humanidad.

Todos, creyentes ó incrédulos, vivimos desde que Cristo pasó por el mundo, de esa creación divina: su corazón se ha hecho el alma de un mundo nuevo.

En este corazón encuentran ternura é infinito amor no solo un grupo de amigos, no sólo una familia, no sólo una patria: lo encuentran los hombres todos, ricos y pobres, pequeños y grandes, sabios é ignorantes, griegos y bárbaros, judíos y

gentiles: lo encuentran los siglos pasados y los siglos futuros.

La familia de Cristo es toda la humanidad, su patria, el mundo entero.

¿Quién es mi madre, preguntaba, y quiénes son mis hermanos?

El mismo respondía: "Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

Nadie está excluido de su amor y todos encuentran un sitio en su corazón adorable.

"Venid á mí, decía en otra ocasión, todos los que tenéis penas y yo os aliviaré."

Jamás un simple mortal habría podido extender á todo el género humano los tesoros bienhechores de su sacrificio, ni aun siquiera concebir tal idea.

En este deseo, expresado con tanta sencillez y con tanta calma, se descubre un carácter de *infinitud*, si podemos hablar así, que traspasa las proporciones de la naturaleza humana.

El corazón del hombre es por su naturaleza, estrecho y angosto: cuando quiere dilatarse, encuentra por todas partes límites á su amor ó tie-



ne necesidad de un socorro sobrehumano para retirar los límites que el egoísmo le opondría.

Cristo dilata su corazón hasta lo infinito, sin penas y sin esfuerzos; abraza toda la humanidad por la energía que le es propia: es como el sol, que no pide á la tierra los rayos que sobre ella difunde, porque él es el foco de la luz y del calor.

Ese poder de amar, inmenso como el mundo, esa fuerza de dilatación sobrehumana, la adquiere Jesucristo sin lucha; la posee como un atributo esencial á su ser, la toma de su propio corazón.

Cristo, por su corazón, por su admirable fuerza de abnegación, por su prodigiosa fuerza de sacrificio, por su sorprendente fuerza de dilatación, es un ser divino.

Su acción en el orden moral, prueba su divinidad, con evidencia.

---

Cristo ha sido divinamente grande por el corazón, porque estaba ese corazón dotado de una fuerza de abnegación divina, de una fuerza de consagración divina, de una fuerza de expansión ó de dilatación, igualmente divina.

Así es que su potencia moral, no menos que su

virtud profética y su soberanía sobre la naturaleza, prueba de un modo evidente y luminoso su divinidad adorable.

Pero la actividad humana no se detiene ni en el recinto de la conciencia, ni en la esfera del entendimiento.

Después de haberse manifestado en el orden físico, en el orden intelectual y en el orden moral, se ostenta en un teatro más extenso para desplegarse en el seno de la sociedad.

El hombre es un ser que no se queda relegado en el silencio de su pensamiento y en la soledad de su corazón.

Sus necesidades y sus tendencias le ponen en contacto y le hacen vivir en relación con sus semejantes.

Todo hombre, bien se halle en el primero ó en el último rango de la sociedad, está llamado á ejercer en rededor de sí y en la medida que le conviene, una acción determinada.

Es decir, todo hombre posee una potencia social, porque toda acción supone una fuerza capaz de producirla.

El hombre será más grande cuanto más poderosa y fuerte sea esa potencia.



Si, pues, Jesucristo en el orden social ha sido divinamente grande, es necesario que esa potencia tenga el carácter de una fuerza divina.

La potencia social del hombre se eleva, cuanto más se acerca á la potencia divina.

Si el acto puede dar una medida del poder que lo produce, evidentemente el acto creador revela la fuerza omnipotente y divina de aquel que lo ejecuta.

Crear, es salvar la distancia entre la nada y el ser, que es infinita.

No hay un acto superior al acto creador.

El acto de conservar y el acto de destruir, suponen el acto creador; dependen de él con una dependencia lógica, y de consiguiente, son inferiores al acto de crear.

La fuerza creadora es, entonces, la más elevada manifestación del poder divino.

El hombre no está en posesión de ese atributo soberano.

La experiencia y el sentido común, manifiestan de consuno que el hombre es incapaz de crear, en el sentido propio de esta palabra.

Pero si el hombre no puede crear, hay cuando menos en él una fuerza que se asemeja, que en

cierto modo se aproxima á la energía suprema.

El hombre puede poner un cimiento, sobre él poner otra cosa y coronar ambas con una tercera.

Entonces dice: "Ténte en pie."

Ese poder del hombre es un rayo de la energía divina.

Si no puede crear, posee al menos el poder de fundar, y esta fuerza fundadora es la más elevada revelación del poder humano, como la fuerza creadora es la revelación más auténtica del poder divino.

Por eso cuando se trata de la grandeza de un hombre en medio de la sociedad, cuando se trata de investigar hasta dónde ha llegado su potencia social, es preciso investigar qué es lo que un hombre ha fundado.

El hombre, en su acción social, como en su acción física sobre el mundo, como en su acción sobre la inteligencia, como en su acción en el orden moral, está lleno de sombras y deficiencias.

Un hombre puede fundar una escuela.

Descartes ha sido grande, porque fué fundador.

Supo hacer lo que antes de él habían hecho Pitágoras y Sócrates, Aristóteles y Platón: supo fundar.



Una escuela es una sociedad de inteligencias que se inclinan bajo la dirección de un genio.

Así es que para fundar una escuela se necesita cierto poder social, y esta es la primera irradiación de la fuerza social de un hombre.

Un hombre puede fundar un pueblo.

Allá, á lo lejos, contempla nuestra mente á un pastor que recoge dos niños abandonados sobre los bordes de un río.

Cuando llegaron á la edad en que el hombre puede probar lo que es y lo que puede ser, se persuadieron que corría por sus venas sangre real.

Bajo el imperio de esa idea, los dos guardadores de rebaños encuentran el recinto paternal demasiado estrecho para su corazón y el cayado del pastor muy débil para sus manos.

Uno de ellos escala una colina y mirando en rededor suyo, por uno de esos presentimientos de que los hombres no se dan cuenta, le parece que este lugar está destinado á grandes cosas.

Entonces, haciendo pasar la reja de un arado la redeador de esta colina, ahonda un ancho surco; y como para testificar que su obra crecería con la sangre, ensangrenta este surco con la muerte de su hermano.

El fratricida del Palatino, hundiendo después su mirada á través de las siete colinas, muestra á sus soldados las campiñas de la Italia y detrás de ella una presa más vasta todavía.

Para coronar el edificio, hace leyes, legiones y comicios.

Este hombre fundó un pueblo.

Salido de una cuna reducida, á poco extiende el gigante sus brazos sobre el mundo.

Si Rómulo fundó el más grande imperio de la tierra, si hizo lo que antes de él habían hecho con éxito menos durable Alejandro, Sesóstris y Ciro, es porque tenía una potencia social.

Un imperio es una sociedad política, encadenada al nombre y al recuerdo de un hombre que le imprime su carácter y su fisonomía.

La fundación de una sociedad política, es la segunda irradiación de la potencia social.

Pero hay algo más grande todavía.

Un hombre se levanta en medio de su tribu y después de haber templado su energía en la soledad, sale de una caverna, teniendo en una mano un sable y en la otra una multitud de sueños y delirios.

Fascina á las poblaciones de Oriente, encen-



diendo en sus pechos el fuego de la conquista.

Inflamado con un ardor guerrero, el árabe se lanza sobre el paso del Profeta hacia una tierra que seduce su ambición y hacia un cielo prometido á su valor.

Puede juzgarse del poder social de Mahoma por la duración de su obra.

Este hombre extraño tuvo el poder de fundar más que una escuela, más que un imperio, porque un fundador de escuela no pide más que inteligencias y un fundador de imperio se detiene en los cuerpos.

Mahoma se atrevió á pedir almas: quiso fundar una sociedad de almas.

Es decir, Mahoma ha fundado una sociedad religiosa, ó para hacer uso de la única palabra que la lengua autoriza, fundó una secta.

Esta es la tercera irradiación del poder social del hombre.

Ese poder se agota, ó más bien dicho, agota la medida de las fuerzas humanas con la fundación de una secta.

¿Y de qué medios se vale el hombre para alcanzar éxito en su acción social?

El hombre para hacer grandes obras, necesita grandes medios, medios, como es natural, humanos.

Para fundar una escuela, para hacerla que germine y florezca, que viva y dure, necesita de la ciencia.

El hombre para esa empresa busca su fuerza en el saber y en la erudición: discute, prueba, observa, deduce; hace hablar á su vez á las cifras, á los hechos, á las ideas.

Pitágoras se apoya en la ciencia de los números, Aristóteles en la ciencia de los hechos y Platón en la ciencia de las ideas.

Y esto no basta: piden los sabios á la lengua la simetría de las formas, la armonía de los sonidos, el colorido de las imágenes, el artificio de la dición.

Y aun esto no basta para prosperar, se rodean de inteligencias escogidas, forman discípulos que difundan sus ideas y propaguen su doctrina.

Para fundar un imperio, se necesita la fuerza, la fuerza apoyada por el derecho ó pasando sobre el derecho.

Remontando el curso de las edades, encontramos siempre bajo la tumba de los imperios que se han aplastado, una espada.



Es la que destruye y funda los imperios.

La fuerza aparece en el origen de las sociedades humanas, como esos gigantes que la fábula ponía en la cuna de las sociedades antiguas.

Sin la espada de Ciro, no habría habido Persas; sin la lanza de Rómulo, nada hubiera sido el Monte Palatino.

Para fundar una secta, una iglesia humana, se necesita de las pasiones.

Fuera del cristianismo, una sociedad religiosa no es otra cosa que la deificación del hombre ó del orgullo, no es más que la deificación de la materia ó del deleite.

La ambición exaltada, el derecho sacrificado á la fuerza, la mentira y el adulterio justificados con el ejemplo de los dioses, la esclavitud consagrada en nombre de la religión, he aquí lo que hizo que las sociedades paganas aceptasen el culto oriental, el culto helénico, el culto romano.

Cuando siete siglos después de Cristo, Mahoma quiso fundar una religión, bajó al fondo del paganismo, amazó allí el divorcio, la poligamia, y después de haber seducido á los pueblos, ofreciéndoles el goce de los placeres, tuvo necesidad de poblar su paraíso con vicios inmortales.

Las escuelas se fundan por la ciencia, los imperios por la fuerza, las sectas por las pasiones.

Este es el triple resorte que el hombre pone en juego para asegurar sus éxitos. Sin esos tres medios, los hombres nada fundan.

Y Cristo; qué ha fundado?

De qué medios se ha valido para fundar su obra en el orden social?

La respuesta á estas dos preguntas, nos vendrá á revelar la divinidad de Cristo.

La fuerza fundadora, decíamos en nuestro precedente artículo, es la más alta revelación del poder humano, como la fuerza creadora es la manifestación más brillante del poder divino. El hombre dotado de aquella fuerza prodigiosa, en su línea, ha podido fundar una escuela, fundar un imperio, fundar una secta ó una sociedad religiosa.

Y para lograr éxito en sus obras, ha tenido necesidad de la ciencia, para fundar la escuela; de la fuerza, para fundar un imperio; de las pasiones, para fundar una sociedad religiosa.

Cristo ha obrado como el hombre, en el orden